

Indias de Carlos III y éste al rey. Con dos siglos de retraso, un monarca español iba por fin a promover la publicación de la auténtica obra de Hernández. Casimiro Gómez Ortega, director del jardín botánico de Madrid, recibió el encargo de ordenar y preparar los textos para su edición. Tras una enorme tarea, debido al desorden de los documentos, las páginas e ilustraciones perdidas, el conjunto del material clasificado se publicó en la Imprenta de Ibarra (una de las mejores de la época) y pasó a conocerse como la Edición Matritense.

Pero una vez más la obra quedó incompleta debido a la escasez de presupuesto para continuar su publicación, el cese de su impulsor, Gómez Ortega de sus cargos en el Jardín botánico, el fallecimiento de Carlos III en 1788 y sobre todo, las transformaciones provocadas como consecuencia de la Revolución Francesa. Los originales de Hernández acabaron repartidos entre la Biblioteca Nacional y la Biblioteca del Ministerio de Hacienda, ambas en Madrid.

A lo largo del siglo XIX el recuerdo de Hernández aflora de nuevo en unas cuantas publicaciones, como la de Hernández Morejón (1843) y la de Chinchilla (1845). Este último reproduce íntegramente la carta-poema de Hernández a Benito Arias Montano y el prefacio de la obra de Gómez Ortega, así mismo transcribe párrafos enteros, del manuscrito hernandino *Materia medicinal de la Nueva España*, actualmente extraviado. Por su parte, Miguel Colmeiro, en su estudio sobre los botánicos hispano-lusitanos (1868), realiza el mejor estudio bibliográfico sobre Hernández publicado hasta entonces, con detalladas referencias de todas sus obras.

A principios de los años cuarenta del siglo XX, Germán Somolinos D'Ardois, profesor de la Universidad Nacional de México, tras una intensa labor de investigación sobre la vida y obra de Hernández, consiguió que su universidad editase, entre 1959 y 1984, en siete volúmenes, la totalidad de la obra conocida de Francisco Hernández junto con una extensa biografía escrita por el propio Somolinos. Con cuatro siglos de retraso, por fin se le hace justicia al legado de Hernández.

Esta magna obra está hoy día digitalizada y a disposición de aquellas personas interesadas en la vida

y la obra de Hernández. Este logro se debe al esfuerzo entusiasta de la asociación cultural "*Las Cumbres de Montalbán*", con el apoyo tecnológico de la Diputación de Toledo.

A MODO DE EPÍLOGO

En 1868, la reconstruida Iglesia de Santa Cruz, que acogía los restos de Hernández, volvió a sufrir un incendio y los restos del templo fueron, en esta ocasión, demolidos por motivos de urbanismo. La iglesia se volvió a edificar, en estilo moderno, justo enfrente; hoy es la parroquia de la Santa Cruz, sita en la calle Atocha, número seis.

Nadie reparó entonces, que entre los carros de cascos iban al olvido los huesos del Protomédico General de todas las Indias y Tierras Firmes de la mar Océano. Ningún erudito clamó por un traslado honorable de tan valiosas osamentas; nadie porfió por un albergue definitivo a tan dignos restos, en donde honrar la memoria de este gran español. Es posible que una

parte de Francisco Hernández aún reposen bajo los cimientos de un edificio de pisos que se edificó en el solar de la iglesia destruida, en la actual calle de la Bolsa. Si usted degusta alguna vez un delicioso almuerzo en un prestigioso restaurante de esa calle, quizá sus pies reposen sobre el lugar en donde el doctor Francisco Hernández aguarda la eternidad.

Esta especie de inquina histórica, mezcla de desidia y de fatalidad, para hacer desaparecer todo rastro de la figura de Hernández y de su obra, queda bien reflejada en lo que ya manifestara José Luis Benítez Miura en 1950: "*No conozco que se haya erigido estatua ni monumento a Hernández, ni en América ni en España, ni se haya reivindicado de forma adecuada la memoria de este gran español, que vivió y murió persiguiendo un ideal de conocimiento y modernidad*".

Es posible que el único homenaje y referencia pública a Francisco Hernández, en toda España, sea la que existe en su pueblo natal. Es una placa de cerámica sobre la fachada del Ayuntamiento, que recuerda a los visitantes, que alguien ilustre nació en Puebla de Montalbán, aunque ni siquiera se aclara qué gracia realizó para merecer tan escueto homenaje

Francisco Hernández, descanse en paz.

